

MARTIN HEIDEGGER, LA HISTORIA INTERMINABLE DE UNA POLÉMICA IDEOLÓGICA

Eugenio Nkogo Ondó

Diario de León, Filandón/Domingo, 8 de octubre de 1989

Uno de los grandes focos de atención y de fricción que se dio en el coloquio internacional sobre “los límites de la filosofía”, celebrado a primeros del mes de marzo en la Universidad Complutense de Madrid, fue precisamente sobre la filosofía y la ideología de Martin Heidegger.

Después de haber seguido, mediante la prensa nacional, el desarrollo del referido coloquio, y de forma especial, de todo cuanto giraba en torno a esta figura, me ha parecido sumamente interesante tanto por la calidad de los que han participado en él como por las conclusiones a que han llegado, aunque creo que estas no han aportado nada nuevo a lo que concierne a las líneas maestras de su pensamiento ni mucho menos han podido levantar el velo que oculta su sospechosa ideología.

De acuerdo con eso, parece que hemos sido obligados a permanecer en nuestras anteriores tesis, cuyo resumen se bifurca en estas dos vertientes: primero, hay que reconocer, sin lugar a dudas, que Heidegger ha sido uno de los grandes filósofos del siglo XX cuyo rigor ha sido siempre objeto de estudio para los especialistas y, segundo, que ha sido -es y será- un pensador “condenado” a estar envuelto en la historia interminable de una polémica ideológica.

Pensador clásico

H. G. Gadamer afirma varias veces que Heidegger “es un pensador clásico”, y si tuviera yo que añadir algo a esta “brillante expresión”, diría que “es un pensador clásico” eleático. En este sentido, James T. Decker nos lo confirma de forma interrogativa, al asegurarnos que: “Cómo situar la relación de Heidegger con los presocráticos, cuando las lecturas sucesivas que él ha hecho de estos suman cerca de sesenta años, desde su primer curso de Friburgo (*Über Vorsokratiker: Parmenides*) en 1915, hasta el último de sus seminarios, en 1973?”. Esto le llevó, sin duda, a querer retroceder con la historia, le llevó a querer encasillar a todo el pensamiento occidental en la inmutabilidad, eternidad e indivisibilidad del ser eleático. Tomando como postulado el principio establecido por Schleiermacher, por el cual, dispuestos a estudiar a un autor había que intentar comprenderlo mucho más de lo que él quiso comprender a sí mismo, afirmó que: “No sólo queremos, sino debemos necesariamente comprender a los mejor que ellos comprendieron a sí mismos”. Así, queriendo comprender al griego mucho más de lo que él comprendió a sí mismo, se quedó sin comprender al hombre del siglo XX, se quedó sin comprender a su compañero, actitud que resume su enfrentamiento con Jean-Paul Sartre en la *Carta sobre el humanismo*.

Aquí, cualquier investigador puede proceder a la verificación del hecho filosófico para descubrir la clarividencia del maestro Ortega quien, hablando de la naturaleza nos decía:

“En pocos temas se ve con tanta claridad como en este hasta qué punto el hombre europeo es un heredero del hombre griego. Pero una herencia no es sólo un tesoro, es, a la vez, una carga y una cadena. Larvada en el concepto de naturaleza hemos recibido la cadena que nos ha hecho esclavos del destino helénico”.

El último escolástico

A su vez, fue otro de nuestros filósofos, D. José Gaos, uno de los discípulos de Ortega, quien después de haber estudiado a Heidegger le calificó como “el último escolástico”. Si pudiera añadir algo a esta expresión, yo diría que es un “escolástico” paralelo a Santo Tomás porque éste trata con mayor delicadeza a la filosofía aristotélica lo mismo que Heidegger lo hace a la filosofía presocrática. Para el aquinate, el estagirita había llegado al nivel más alto al que podía alcanzar la razón humana y más allá de este límite sólo había que esperar la verdad sobrenatural de la fe; para el existencialista alemán, los presocráticos habían creado un modelo filosófico inmutable del que había que partir y recrear sin modificar ninguno de sus principios. Sólo éstos cometieron un error que fue el no haber sabido interrogar el ser que pregunta por el ser, de ahí, la necesaria y profunda preocupación por la *preeminencia óntico-ontológica del “ser ahí”, el Dasein*, el único ser que, por arte de magia, ha sido capaz de burlarse de la inmutabilidad eleática porque es esencialmente un ser “moviente”, un “continuo”.

Por eso hay que entrar en lo hondo de su estructura, hay que desvelar o revelar su “temporalidad”, su “cura”, su “estado de resuelto”, su “cotidianidad” e “historicidad”. Esto, unido a sus análisis o reflexiones sobre “la técnica, lo moderno, la comunicación o la religión”, hacen del autor, como lo hemos subrayado ya, una figura curiosa en la filosofía de nuestra época.

La polémica

La otra dimensión sorprendente del filósofo en cuestión es su vinculación con el nazismo, cuyo tema ha sido objeto de diversos y detallados estudios desde 1945 hasta hoy. Para introducirnos en él hay que recordar, como lo hace Otto Pöggeler, uno de sus discípulos, profesor en la Universidad alemana de Bochum, que “en las vísperas de las elecciones para el parlamento del Reich, del 12 de noviembre de 1933 abogó por la aprobación de la política de Hitler”. Anteriormente había sido elegido Rector de la Universidad de Friburgo, cuando el personal directivo de aquella institución de aquellos tiempos “tenía que pertenecer al NSDAP (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei, Partido Nacionalista Obrero Alemán”, que todos hemos conocido como el Partido Nazi). Sabemos por otra parte, que en el año siguiente renunció a su cargo, “en la primavera de 1934 después de haberse percatado de que le habían formulado exigencias que le parecían imposibles como, por ejemplo, la eliminación de los decanos no afectos al régimen”. A pesar de este último dato, la ideología de Heidegger sigue siendo algo enigmático. En este caso, el libro de Victor Farias, *Heidegger y el nazismo*, publicado en París en otoño de 1987, no ha hecho más que reavivar aquella vieja polémica que, desde hace más de cuatro décadas, ha dejado insatisfechos casi a todos los investigadores. Para participar en esta controversia, estoy perfectamente de acuerdo con Pascal David, cuando en su crítica a Farias advierte que no se trata de meter a toda la obra de Heidegger dentro del nazismo sino más bien de compararla con él, sin embargo, ya no estoy de acuerdo con éste en lo que se refiere a textos o documentos que demuestran, de forma clara, la

oposición o denuncia que el filósofo hiciera al nazismo, dado que hasta hoy sólo se puede encontrar frases o afirmaciones tibias que, probablemente, estén en la línea de lo que él mismo había llamado “resistencia espiritual” al nazismo, tal como cuando invita a sus alumnos a meditar, en un curso de filosofía en 1940, sobre el hecho de que “la máquina (...) ofrece el modelo de organización del partido y de la conducta de la guerra”, o cuando sale al paso para justificar una frase pronunciada en 1935 e impreso en la *Introducción a la metafísica*, en 1953, sobre “la verdad y la grandeza internas” del nacional-socialismo, y afirma que “esta frase ha estado siempre citada fuera de su contenido”, a saber, “del conjunto del curso, donde resalto que mi posición con respecto al nacional-socialismo era desde aquella época una hostilidad sin equívoco”.

Jean Beaufret, catedrático del Lycée Condorcet de París y uno de los que conocieron bien a Heidegger, reconoció en 1945 que su adhesión al nacional-socialismo fue una “una adhesión momentánea”, llevada por “una ingenuidad en que se veía un rasgo de inconsciencia propio de un pequeño burgués”.

Si era posible admitir esta adhesión en 1945, ¿qué se puede decir de la postura del filósofo frente al nazismo desde aquella época hasta 1976, fecha de su muerte?

Ante esta pregunta, y en estas circunstancias, pienso sinceramente que la humanidad entera y, sobre todo, los que han querido y quieran interrogar los pasos recorridos por su ideología, siempre se encontrarán con el muro infranqueable de la imposibilidad de salvarle del gran error de haberse envuelto en esta especial contienda, de la que no supo salir haciendo una denuncia rotunda y pública al nazismo. Tampoco pensó que esa posible denuncia, como la experiencia de uno de los grandes filósofos de la época, habría sido, sin duda, uno de los mejores testimonios o, quizás, una de las mejores explicaciones de aquella situación.